

Utilidad de los conocimientos sobre epistemología en la labor investigativa y académica

Usefulness of knowledge on epistemology in research and academic work

Pablo Guadarrama González¹

Fecha de recepción: 2016/06/11
Fecha de aceptación: 2016/10/14

RESUMEN

El objetivo principal de este artículo de reflexión es indicar algunos de los posibles riesgos que se asumen en la labor científica y docente cuando se desconocen los presupuestos básicos, al menos de algunas de las principales posturas epistemológicas como el empirismo, el racionalismo, el positivismo, el utilitarismo y el pragmatismo, que han estado presentes desde la modernidad, no solo en la filosofía, sino también en el campo de la investigación científica.

Estos fundamentos del optimismo epistemológico y el humanismo práctico son de interés para todas las personas que desarrollan procesos de investigación, para ello se caracterizan los rasgos fundamentales de estas corrientes epistemológicas y se analizan algunos de sus presupuestos válidos, así como limitaciones de estas teorías que pueden incidir negativamente en la actividad investigativa y docente.

Palabras clave: Epistemología, empirismo, racionalismo, positivismo, investigación científica.

Cómo citar este artículo: Guadarrama González, P. (2016). Utilidad de los conocimientos sobre epistemología en la labor investigativa y académica. *Revista Finnova*, 2(3), 79 - 89.

ABSTRACT

The main purpose of this article of consideration is to indicate some of the possible risks involved in scientific and teaching work when the basic assumptions, at least of some of the main epistemological positions like empiricism, rationalism, positivism, utilitarianism and pragmatism, are unknown which have been around since modernity, not only in philosophy, but also in the field of scientific research.

These foundations of epistemological optimism and practical humanism are of interest to all people who carry out research processes. For this purpose, the fundamental features of these epistemological currents are

¹ Profesor de Mérito de la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas Santa Clara, Cuba. Doctor en Filosofía, Alemania y Doctor en Ciencias, Cuba. Actualmente es profesor en la Universidad Nacional y en la Universidad Católica de Colombia en convenio con la Universidad de Salerno, Italia.

characterized and some of their valid assumptions are analyzed, as well as limitations of these theories that may have negative impact on research and teaching.

Key words: Epistemology, empiricism, rationalism, positivism, scientific research.

Introducción

En algunas ocasiones se les pregunta a investigadores y profesores cuáles son las perspectivas epistemológicas desde las que han elaborado sus proyectos de investigación científica o desarrollan sus actividades docentes y no siempre pueden ofrecer una respuesta adecuada al respecto. En muchos casos, es posible identificar que no tienen claridad sobre el concepto mismo de epistemología, y que utilizan el término, de forma imprecisa.

Incluso, cuando en algunos casos los investigadores expresan cierta identificación con alguna corriente o postura epistemológica, y cuentan con algún conocimiento acerca de sus rasgos fundamentales, no se sienten capaces de justificar las razones de su elección, ni de argumentar sobre las ventajas o riesgos que esta conlleva. En la práctica docente es frecuente identificar que los profesores exhiben cierta ambigüedad en la utilización de la palabra epistemología, y no precisan exponer con claridad cuál es su significado, ni cómo incide en la concepción de su proyecto de investigación o de su actividad docente.

Este artículo de revisión, hace un recorrido histórico y conceptual sobre algunas de las principales corrientes epistemológicas mostrando ventajas y desventajas de cada postura con apoyo de diferentes autores de referencia obligada y analizando para cada una, las implicaciones en la labor investigativa y docente. Por tanto, siempre se mencionará como público el investigador/docente comprendiendo que el verdadero investigador debe ser a la vez un auténtico profesor, del mismo modo que el genuino profesor debe ser simultáneamente un entusiasta investigador. Lo óptimo, es que el profesor desarrolle su actividad docente, articulada con su área de trabajo investigativo; en lugar de limitarse a ser un reproductor de teorías, conceptos o métodos de otros investigadores.

El objetivo del artículo es indicar los posibles riesgos que se asumen en la labor científica y docente cuando se desconocen los presupuestos básicos, al menos de algunas de las principales posturas epistemológicas, tales como el empirismo, el racionalismo, el positivismo, el utilitarismo y el pragmatismo, los cuales han estado presentes desde la modernidad, no solo en la filosofía, sino también en el campo de la investigación científica. El artículo además, pretende sugerir los fundamentos del optimismo epistemológico

y el humanismo práctico como postura “desalienadora”, para quienes se consagran a estas tareas.

Contenido conceptual de la epistemología

Generalmente, cuando un investigador o un profesor, comienza a estudiar o profundizar en un tema, debe concretar su objeto de análisis, las herramientas teóricas y metodológicas esenciales que utilizará, y, delimitar la disciplina en la cual inscribirá su trabajo. Concretamente, la postura epistemológica se debe precisar frente a la polisemia del término y la diversidad de enfoques existentes sobre el mismo. Con independencia de que el investigador/profesor ya posea su propia definición de epistemología, siempre resulta provechoso confrontarla con otras que circulan en el ámbito académico.

La etimología del concepto epistemología proviene de la palabra *episteme* que en la Grecia antigua estaba articulada al proceso de construcción del conocimiento y al logro de la sabiduría (*sophia*). La máxima expresión de esta última era la teoría y la más eficaz disciplina encargada de cultivarla era la

filosofía. En la cultura latina *episteme* era identificada como *scientia*; de ahí que en la mayoría de las lenguas modernas se impusiera el concepto de ciencia, en tanto que el de *episteme* cayese en desuso por varios siglos. Otros conceptos relacionados con él son *doxa* (opinión), *gnosos* referido específicamente al proceso de conocer, y *techné*, del cual procede el concepto de técnica, concebido como saber hacer algo sin que necesariamente implique saber los fundamentos teóricos del proceso por el cual se logra un determinado resultado.

“La noción de *téchne* guarda semejanza con la idea de tecnología, pero son diferentes. La idea griega de *téchne* expresa la necesidad de poseer una consciencia teórica que permita justificar el saber práctico que ya está constituido, lo que favorece su consolidación. Sin embargo, la *téchne* no supone la capacidad de producir nuevo saber hacer, ni mejora la eficacia operativa del existente. A la *téchne* la conduce un propósito de inteligibilidad (semejante a la *episteme* o saber puro) más que de eficacia. Esto es normal porque «la idea de un saber que ha de ser puesto en servicio de la práctica es extraña a la sensibilidad cultural clásica» (Núñez, 1999, pág. 38).

En lengua española prevaleció hasta hace relativamente poco tiempo el término gnoseología para referirse a la teoría del conocimiento, concebida como inherente al campo de la filosofía y no al de la ciencia. “La teoría del conocimiento es una disciplina filosófica, y en cuanto tal se diferencia de otras disciplinas que son científicas. La teoría del conocimiento se constituye como disciplina autónoma en los siglos XVIII-XIX.” (Velarde, 1993, pág. 3). Pero, al parecer motivado por evitar confusiones con el gnosticismo religioso, el término gnoseología entró paulatinamente en desuso y ha sido reemplazado por el de epistemología, procedente del inglés, que desde mediados del siglo XIX ha tenido mayor aceptación en el ambiente académico internacional.

“La teoría del conocimiento es denominada, así mismo, epistemología o con menor frecuencia gnoseología. (...) En inglés, el término epistemology fue introducido por J.F Ferrier (Institutes of Metaphysics, 1854) y es el único usado por lo común; gnoseology es por el contrario muy raro. En francés se adopta comúnmente gnoséology y muy rara vez

epistemology. Todos estos nombres tienen el mismo significado” (Abbagnano, 1966, pág. 227).

Por supuesto, aunque para algunos “los términos ‘gnoseología’ y ‘epistemología’ son considerados a menudo como sinónimos, en ambos casos se trata de «teoría del conocimiento»” (Ferrater, 1994, pág. 1041), no existe un consenso sobre su equivalencia, pues aun gnoseología se relaciona con el tipo de proceso cognitivo, mientras que la epistemología se limita al análisis del conocimiento científico. “La palabra epistemología tiene dos significados diferentes. El primero, muy en boga entre los autores anglosajones, corresponde al que entre los filósofos se denomina ‘teoría del conocimiento’. Su objeto es el de fundamentar todas las formas del conocimiento humano (...) La segunda se refiere exclusivamente al conocimiento científico, a su producción estructura y validación.” (Tella, 2001, pág. 222).

Muy discutible resulta el criterio de Gaston Bachelard y Alan Badiou, según el cual “Epistemología es el proceso de construcción de los conocimientos científicos y de su especificidad que permite distinguirlos de los saberes ideológicos, en ruptura con ellos”. (Baena, 2002, pág. 5). Por supuesto que esta concepción parte de la maniquea oposición entre ideología y verdad, planteada por Marx y Engels en su obra *La ideología alemana* (1845), y afortunadamente superada por algunas elaboraciones desarrolladas posteriormente, incluso por pensadores en la tradición marxista. “El componente ideológico en las reflexiones filosóficas por sí mismo no es dado a estimular concepciones científicas, pero no excluye la posibilidad de la confluencia con ellas en tanto estas contribuyan a la validación de sus propuestas” (Guadarrama, 2012, pág. 232).

En consecuencia, cuando el investigador/profesor quiere responder a la compleja pregunta ¿Qué significa epistemología?, necesariamente debe considerarla como aquella disciplina que tiene como objeto analizar integralmente el proceso del conocimiento humano -sus fuentes, condiciones, medios, posibilidades, obstáculos, límites, resultados, etc.-, el cual no se reduce por supuesto solo a la esfera material, sino a la adecuada correlación entre esta y la subjetividad.

El riesgo de la premura del investigador “práctico”

Con relativa frecuencia los investigadores y profesores expresan que, luego de conocer las características específicas de las distintas corrientes epistemológicas, se han percatado de lo que inconscientemente habían asumido, posturas empiristas positivistas, pragmatistas, hermenéuticas, constructivistas, entre otras. Algunos investigadores, imbuidos de un espíritu pragmático, propio de nuestro tiempo, reclaman que se les explique solamente cuál es la corriente epistemológica más actual y eficaz, que les pueda ser útil de manera inmediata, sin conocer la evolución histórica de las principales posturas epistemológicas, al considerar erróneamente que esta tarea debe ser exclusiva de los especialistas en el tema en cuestión.

Este investigador “práctico” considera que es inútil perder el tiempo en conocer los errores que han cometido pensadores, filósofos y científicos desde la antigüedad hasta nuestros días en la difícil construcción del conocimiento humano. Sin embargo es necesario comprender que:

- La evolución histórica del pensamiento filosófico y científico no ha sido la sucesión de distintos tipos de errores, sino todo lo contrario: del evolutivo, complejo y contradictorio enriquecimiento de la sabiduría humana, en la que por supuesto no han faltado fracasos. Estos, sin embargo, no han sido los que han marcado la tendencia principal de su desarrollo, pues en la mayoría de las ocasiones, los errores han contribuido de algún modo al progreso de la ciencia (Koyré, 2000);
- No es sustentable considerar que los pensadores y científicos de épocas anteriores a la nuestra se han dedicado exclusivamente a producir ideas absurdas o indemostrables y que, solo a partir de nuestra generación intelectual, se han encontrado los caminos más adecuados para descubrir las verdaderas de la ciencia. Algo similar consideró Carnap en relación al desarrollo del pensamiento metafísico (Carnap. 1965). El mismo argumento podrían asumir las generaciones futuras respecto a las producciones teóricas actuales, dejándonos

muy mal parados para seguir buscando y encontrando nuevas verdades que, por supuesto, siempre serán históricas, concretas y relativas, pero que contienen algún grado de veracidad y por tanto de absolutez;

- Resulta muy difícil concebir que las actuales teorías sobre el proceso del conocimiento humano hayan podido prescindir de los alcances y limitaciones de los peldaños epistemológicos contruidos con investigadores anteriores, y que en verdad han sido imprescindibles para alcanzar los actuales niveles del conocimiento científico y filosófico.
- Se puede afirmar que solo si los investigadores conocen las expresiones anteriores más sobresalientes de las diferentes etapas de construcción de la sabiduría humana (*episteme*), se evitará la posibilidad de un traspie epistemológico y de caer al vacío de la ignorancia o del practicismo hiperbolizado, con secuelas negativas, tanto para la eficiencia de los resultados de la labor investigativa, como de la actividad pedagógica.

Los peligros del empirismo para el investigador/profesor

Para el filósofo inglés David Hume, uno de los gestores de la epistemología moderna, el papel de la ciencia se reducía básicamente a transponer, aumentar o disminuir las ideas que habían sido copiadas de las impresiones, por supuesto subjetivas, del investigador. Para Hume, lo importante no significaba la búsqueda de las causas de los fenómenos, sino simplemente la determinación de la secuencia de los acontecimientos producidos por el hábito o la costumbre de observar tal sucesión, por parte del investigador, sin que esto significase, en modo alguno, una relación causal y necesaria entre los fenómenos observados.

En la época en que la tecnología marchaba a un ritmo más acelerado que la ciencia, al preguntarse sobre las causas que producían el movimiento de las máquinas de vapor, Hume sostuvo que no le interesaba tanto ese asunto como el hecho de que la naciente locomotora caminara con eficiencia sobre sus rieles. En el empirismo escéptico de Hume

descansan algunos de los pilares posteriores del positivismo, el utilitarismo, y el pragmatismo, de los cuales se deriva la afirmación de que “la costumbre (...) es la gran guía de la vida humana. Es este solo principio el que convierte a nuestra experiencia en algo útil para unos y otros. Sin la influencia de la costumbre, ignoraríamos por completo cualquier cuestión de hecho que estuviese más allá de lo que está inmediatamente presente a la memoria y a los sentidos” (Hume, 1927, pág. 115).

No cabe la menor duda de que tal concepción conduce no solo a una postura pragmática, sino también escéptica, que todo investigador debe evitar desde que emprende la búsqueda científica (Guadarrama, 2009a), porque en la investigación científica no basta solo confiar en el testimonio empírico de la experiencia pasada, sino que de ella se extraigan las conclusiones teóricas adecuadas sobre la determinación causal de los sucesos. Esto pone de manifiesto que un empirismo estrecho sirve muy bien a las posiciones del subjetivismo y el idealismo filosófico.

Esta postura se constituye en un obstáculo alienante para que los investigadores confíen en la posibilidad de alcanzar verdades, aun cuando estas sean relativas, históricas y concretas, pero con determinado contenido objetivo. Realidad que es distante, en todo caso, de cualquier tipo de verdad absoluta, la cual parece que está reservada al terreno de la fe religiosa. Si en el siglo XXI, tras los descomunales avances de la ciencia y la tecnología, los investigadores/profesores se hubieran aferrado a los pilares del empirismo, hubiera habido consecuencias muy graves en la formación científica, cuando solo se puede confiar en aquello que es experimentable, siempre habría existido la duda sobre si “impresiones” están debidamente justificadas y si corresponden de algún modo de manera adecuada con el devenir real de los procesos del mundo objetivo.

Es difícil presuponer que, al nivel de la conciencia cotidiana, un peatón que intente cruzar una concurrida avenida, con el semáforo en verde para los automóviles, tras escuchar la bocina de advertencia sobre su proximidad, no se detenga inmediatamente al borde del andén antes de decidirse a cruzar la calle, aun cuando lo haga por la cebra. Seguramente la rápida interconexión representativa de vivencias

anteriores le ordena casi inconscientemente a quedar inmovilizado en su seguro lugar de la calle. Pero otro asunto parece suceder cuando se trata de las posibles inferencias teóricas que un investigador o un estudiante puede establecer en su laboratorio de física o química al observar los resultados de determinados experimentos, orientados a precisar magnitudes en las transformaciones de ciertos objetos, bajo los efectos de altas temperaturas, presión, humedad, etc.

Un exacerbado culto al empirismo podría conducir al investigador/profesor a la absurda obligación de repetir innumerables veces el experimento, en las mismas condiciones de episodios anteriores, a fin de tener la seguridad de que siempre que se haga fidedignamente producirá un efecto similar. Si la ciencia hubiese mantenido tanta perplejidad ante los posibles resultados de la secuencia experimental, seguramente no hubiera avanzado hacia la construcción de nuevas formas de lógica o hacia modernos métodos de simulación.

Un rasgo típico de la tradición empirista que alcanzó un mayor desarrollo con el positivismo, consiste en tratar de someter todo estudio de la realidad natural y social, así como la del propio pensamiento, a un enfoque predominantemente cuantitativo, cuando muchos fenómenos no son reducibles a criterios matemáticos. Stuart Mill planteaba que “el método comparativo (se refiere al análisis experimental) es el que mejor nos proporciona la comprobación de la superioridad cualitativa; y la regla para medirla con relación a la cantidad, es la preferencia que sienten los que tienen mejores oportunidades de experiencia, junto con los hábitos de la reflexión y propia observación.” (Stuart Mill, pág. 8).

En conclusión y como planteó Kant, si bien todo conocimiento parte de la experiencia, en realidad no parte solo de esta, pues el entendimiento y la razón desempeñan un papel esencial. Este hecho no debe significar que tanto el empirismo no tenga un valioso “núcleo racional” solo que se deben comprender sus límites y para ello cabe recordar una idea de Hume reformulada por Einstein según la cual “en la medida en que las leyes de la matemática se refieren a la realidad no son seguras, y, en la medida en que

son seguras, no se refieren a la realidad.” (Einstein, 1923, pág. 28).

El positivismo ante la investigación científica

Cuando algunos investigadores presentan proyectos en los que declaran que pretenden evadir el positivismo o incluso plantean que asumen ante él una postura crítica. Sin embargo cuando se les pregunta si conocen suficientemente las bases epistemológicas de dicha filosofía para poder criticarla, vacilan o a lo sumo la identifican por algunos de sus rasgos aislados tales como el empirismo o culto a los métodos cuantitativos.

El término positivo existía antes de que Augusto Comte formulara los fundamentos del positivismo. Se limitaba a indicar la existencia de un hecho, algo dado, fáctico, indudable, seguro, empíricamente observable, en contraposición a algo especulativo, ideal o metafísico, lo que condujo a Leibniz a anteponer las “verdades positivas” a las “verdades metafísicas”. En la Ilustración ya se reconocía el concepto de ciencias positivas (física, mecánica, astronomía, química, biología, etc.). Por tanto, la utilización del término positivo puede ser anterior a las bases epistemológicas del positivismo.

Aunque el positivismo se nutrió de elementos cuyos antecedentes pueden remontarse incluso hasta el pensamiento antiguo, en verdad, sus fuentes primordiales fueron más recientes y se cristalizaron en la filosofía moderna con las polémicas sobre el método, especialmente entre el empirismo y el racionalismo “por lo que precede vemos que el carácter fundamental de la filosofía positiva consiste en contemplar todos los fenómenos como sujetos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento preciso y reducción al menor número posible, son el fin de todos nuestros esfuerzos, considerando como absolutamente inaccesible para nosotros y vacía de sentido, la indagación de lo que se llaman causas, sean primeras sean finales” (Comte, pág. 230).

Es posible inferir las consecuencias prácticas de una postura agnóstica donde se concibe las leyes, no como relaciones estables, esenciales y necesarias entre los procesos fenoménicos, sino solamente

como vínculos superficiales de sucesión y semejanza. Aquel investigador científico que se deje arrastrar por tal tipo de funcionalismo, evidentemente no podrá llegar muy lejos en la búsqueda científica. Esa postura de culto a los efectos y renuncia a la búsqueda de las causas, referida solo al afecto por la máquina de vapor, encontró un buen caldo de cultivo en una época en la que se desconocían aún los descubrimientos de Boyle y Mariot respecto a la conversión de los gases, así como los principios de la termodinámica.

A finales del siglo XIX la ciencia crecería a un ritmo mucho más acelerado que el desarrollo tecnológico así se produjeron muchos descubrimientos científicos que no tenían una aplicación práctica inmediata. Por ejemplo, la geometría no euclidiana de Riemann y Lobachevsky -según la cual en un punto situado al margen de una línea paralela cruzan infinitas paralelas-, tuvo que esperar los avances de la teoría de la relatividad de Einstein, e incluso a los vuelos espaciales, para que pudiese verificarse empíricamente que el espacio no es rectilíneo, como suponía Newton, sino curvilíneo.

Otro ejemplo, Einstein fue muy cuestionado durante porque no era posible “comprobar” su concepción espacio temporal -concebir como curvilíneos los rayos solares-. El experimento del inglés Arthur Eddington durante un eclipse de sol en 1919 sirvió como demostración, sin embargo cuando Einstein conoció la noticia, dijo que no era necesario haber hecho empíricamente aquella medición, pues él ya había realizado la demostración de forma teórica y, según su criterio, no hay nada más práctico que una buena teoría.

¿Qué pasaría si un médico formula un medicamento a un paciente a partir solamente de su posible efecto en el tratamiento de una enfermedad, pero ignorando tanto su composición bioquímica como otros efectos en el cuerpo humano? O ¿Si un ingeniero civil desconoce las causas que producen la fatiga de una viga metálica en un puente y solo se limita a probar empíricamente la exitosa funcionalidad de algunas aleaciones para asegurar durabilidad en alguna construcción? Asimismo, el docente no puede sugerir a los estudiantes enfocarse solo en fugaces

éxitos funcionales en los procesos, sin prestar necesaria atención a las causas que los provocan.

Una actitud funcionalista que solo se preocupe por el comportamiento aparential y efectivo de determinadas relaciones fenoménicas no es usual en la ciencia ni en la academia. No se puede desconocer el papel de la observación y la experiencia en todo proceso cognoscitivo, así como el de las mediciones, enumeraciones, clasificaciones, jerarquizaciones, etc., pero tal como lo expresa Karl Popper “todo conocimiento científico es hipotético o conjetural” (Popper, 1997, pág. 111) y por lo tanto hay que evitar caer en falaces redes científicas.

Repercusiones del utilitarismo y el pragmatismo en la investigación científica y en la praxis pedagógica

El pragmatismo podría tener dos concepciones presentes en la filosofía contemporánea y que han generado posturas tan divergentes e incluso contradictorias. Se puede considerar la práctica como *pragmata*, derivada de ese vocablo griego, entendiéndola como aquella actividad individual orientada hacia la obtención de un exitoso resultado o fin provechoso (Utilitarismo), o se puede concebirla como praxis, que implica una connotación eminentemente social y dialéctica de acción transformadora entre el sujeto y el objeto (Materialismo histórico). (Sánchez Vázquez, 1970)

En el caso de aferrarse a la primera acepción, es posible entonces llegar a la muy cuestionable conclusión de que no solo todos los seres vivos, sino también el mundo inorgánico, evidencian una postura pragmática si se considera que su conducta está determinada por la búsqueda de algo útil o provechoso. En contraste la concepción sobre la praxis, encuentra sus antecedentes en la perspectiva revolucionaria de Marx de un humanismo práctico, concreto y real, superador de cualquier actitud contemplativa y sin compromiso práctico, donde acentúa el valor de la praxis, como actividad social, crítica, renovadora en la que no sólo debe modificarse progresivamente el objeto de la investigación, sino lo que es más esencial, el sujeto.

Para ilustrar los peligros de adoptar radicalmente la primera postura veamos algunas situaciones:

- Hegel cuestionaba que resultaría algo absurdo sustentar la existencia de los árboles de alcorcho por la simple utilidad de producir tapas de corcho para las botellas de vino. Por tanto si los corchos se hicieran de otro material, estos árboles no tendrían razón de ser.
- Sería posible asumir que la destrucción de un puente se produciría porque estaba destinado a caerse. Por tanto no era necesario entonces preocuparse por el adecuado mantenimiento de sus vigas para evitar su oxidación, consecuente fatiga y deterioro.
- Un antropólogo podría concluir que la lengua de una determinada cultura aborigen esta destinada a desaparecer ante el empuje “civilizatorio” y en especial por la globalización (Guadarrama, 2006), por lo tanto no resulta válido realizar ninguna acción para resguardar tal identidad étnica.

Tales concepciones teleológicas alejan al investigador científico de la indagación sobre la causalidad en la concatenación universal de los fenómenos y les induce a orientarse solamente hacia el descubrimiento de sus fines, usos o funciones, y sobre todo a identificar la utilidad, satisfacción o felicidad, que estos nos producen, lo cual desestimaría la necesidad de la investigación científica. Esta actitud la encontramos en las posturas de Jeremías Bentham, John Stuart Mill, Charles Anders Peirce, William James y John Dewey durante el siglo XIX y en exponentes contemporáneos como Richard Rorty, Donald Davidson y Susan Haack.

Bentham, decía que el hombre siempre busca en su actividad la mayor utilidad: “En suma este principio de utilidad viene a ser como una piedra de toque a donde han de ir a ensayarse todas las acciones humanas” (Bentham, 1821, pág. 7). Algo similar indicaba Stuart Mill, cuando sostenía que “toda acción se realiza con vista a un fin y parece natural suponer que las reglas de una acción debe tomar todo su carácter y color del fin al cual se subordinan” (Stuart Mill, pág. 9), y también podemos reconocer esta postura en la ideología del liberalismo

dada la confluencia exaltadora del individualismo que se impone.

Ahora bien, veamos las implicaciones en la actividad investigativa adoptar esta postura y recordemos que para John Stuart Mill “preguntarse por los fines es preguntarse qué cosas son deseables. La doctrina utilitarista establece que la felicidad es deseable, y que es la única cosa deseable como fin; todas las otras cosas son deseables sólo como medios para ese fin” (Stuart Mill, pág. 10). Eso significaría que el investigador/profesor solo debe esperar de sus actividades productos deseables, lo cual podría ser válido, sin embargo cuántas veces la cruda realidad plantea a investigadores y educadores que los resultados de sus proyectos no coinciden con sus deseos iniciales, entonces ¿Si la investigación no tuvo el fin deseado habría que desecharla? La respuesta siempre debe ser NO. Los resultados a los que se lleguen en la labor investigativa por inesperados o adversos que resulten frente a sus pretensiones de partida, no deben desecharse bajo el supuesto de que no contribuirán de algún modo al enriquecimiento del saber.

Esta actitud de búsqueda de la verdad en articulación con el criterio de utilidad ha estado presente desde la génesis del pragmatismo, especialmente en uno de sus primeros propulsores, el físico norteamericano Ch. A. Peirce, en su intención de tratar de esclarecer el proceso de conformación de las ideas. Para él: “La auténtica primera lección que tenemos derecho a pedir que nos enseñe la lógica es la de cómo esclarecer nuestras ideas. Es una de las más importantes, solo despreciada por aquellas mentes que más la necesitan. Saber lo que pensamos, dominar nuestra propia significación, es lo que constituye el fundamento sólido de todo pensamiento grande e importante” (Peirce, 1988, pág. 3).

Indudablemente es válida la preocupación de Peirce al insistir en la necesidad de determinar con precisión la significación y sentido de las palabras. Pero deja ver un problema tautológico en las dificultades que se le presentan al sujeto en la búsqueda de la verdad o creencia². Si “la función del pensamiento

es la de producir hábitos de acción” (Peirce, 1988, pág. 6), las ideas que no estén relacionadas directamente con la acción no tendrían ninguna relevancia, por consiguiente las ideas que solo motivan la gestación de nuevas ideas y cuya transferencia a la esfera del mundo “práctico” no se pudiera evidenciar de manera inmediata, podrían ser inútiles para el discurso pragmatista.

¿Qué puede suceder si un investigador se deja seducir por el criterio pragmático propugnado por Peirce? ¿Si el investigador se considerase satisfecho con simplemente alcanzar un conjunto de hábitos a los que les encontrara “significación en su labor”, sin importarle mucho la trascendencia teórica de los mismos ni la posibilidad de formular teorías sobre posibles tendencias, regularidades o leyes del área del saber objeto de su atención? Quizá para algunos sea importante que se logren los objetivos inmediatos y prácticos que se desean en la investigación, sin tener que preocuparse demasiado por la trascendencia teórica de los descubrimientos científicos. Pero la humanidad no habría llegado al nivel de desarrollo tecnológico actual si hubiera renunciado a la búsqueda de las causas de los fenómenos del mundo natural conformándose solo con la constatación empírica de la efectividad de los hábitos y costumbres.

Para finalizar es importante reconocer algunos hilos comunes del pragmatismo con las anteriores corrientes y otras más contemporáneas:

- La búsqueda de la verdad debe justificarse mediante la comprobación empírica, lo que recoge bien William James: “Los procesos que se verifican indirectamente o solo potencialmente pueden, pues, ser tan verdaderos como los procesos plenamente verificados. (...) Pero no son los hechos los únicos artículos de nuestro comercio. Las relaciones entre ideas puramente mentales forman otra esfera donde se obtienen creencias verdaderas y falsas, y aquí las creencias son absolutas o incondicionadas” (Frapoli, y Nicolás, 1997. pág. 31), lo que no significa que necesariamente lo sean.
- El pragmatismo expresa la misma actitud crítica del positivismo ante cualquier postura metafísica y especulativa, lo que exigió de sus propugnadores

2 El término creencia se utiliza aquí es en el mismo sentido que Hume, esto es, indicando la percepción del investigador por lo que no se refiere a su connotación religiosa.

diferenciar los respectivos campos de acción de la filosofía, la ciencia y la religión. Esto motivó cierto nivel de credibilidad también en círculos intelectuales laicos donde las conquistas del pensamiento moderno estaban bien consolidadas.

- El pragmatismo se relacionó con la “economía del pensamiento” según la cual el investigador debe tratar de alcanzar la verdad lo antes posible, economizando procesos mentales, sin importarle mucho la coincidencia o no de sus conclusiones con la realidad., (Frapoli, y Nicolás, 1997, pág. 30) lo que justificaría evadir una posible empírica “verificación completa”.

El pragmatismo en el plan pedagógico: la herencia de John Dewey

El pragmatismo alcanzaría una de sus más acabadas elaboraciones, en el plano pedagógico con John Dewey quien reivindicaría la “asertibilidad garantizada” como condición de la verdad: “según mi teoría -si es lícito tomarla como ejemplo de la doctrina instrumentalista- si bien es necesario inferir algo para llegar a una aserción garantizada, este algo inferido no aparece nunca como tal en la aserción, es decir, en el conocimiento. El material inferido debe ser verificado y probado. Los medios de prueba que se requieren para conferir a un elemento inferencial algún derecho a ser conocimiento en lugar de conjetura, son los datos proporcionados por la observación, y sólo por la observación” (Dewey, 1952, pág. 293).

La construcción del conocimiento para el pensador norteamericano debe realizarse por un proceso incesante no solo de verificación, sino de validación empírica en que los datos obtenidos aporten mayor información en relación con el conocimiento anterior. Su mayor insistencia radica, no en la inferencia lógica o en la validación teórica, sino en que los datos “sean experimentados en el mayor número posible de condiciones diferentes”. Así pone de manifiesto la típica desconfianza que el enfoque empirista revela usualmente ante los procesos deductivos y su culto desmesurado a los procesos inductivos en los que la acumulación cuantitativa de experiencias, al parecer, se constituye en único y exclusivo criterio de verdad.

¿En qué situación tan angustiante tendrá que verse un investigador científico, si permanentemente tuviese que estar a la zozobra de una incesante repetición de experimentos u observaciones ante la posibilidad de que se produjese algún caso fallido, el cual, según tal criterio empirista estrecho, podría hacer derrumbar todo el andamiaje de la construcción teórica de un proyecto investigativo? Precisamente ese sería uno de los lados flacos del empirismo, el pragmatismo y del verificacionismo que Popper así como la reacción post positivista se encargaría de desmontar.

No cabe la menor duda de que el discurso instrumentalista de Dewey resulta seductor, pues su ambigüedad y carácter tautológico, que se expresa con frecuencia, puede confundir al lector a considerar que “solo constituyen conocimiento las creencias verdaderas” (Dewey, 1952, pág. 289). Tal afirmación puede atrapar a algún incauto. Pero un acucioso análisis lógico y epistemológico, especialmente semiótico, puede contribuir a descubrir las falacias de su teoría sobre las “creencias verdaderas”.

Su confluencia con el pragmatismo, se pone de manifiesto al sostener que: “las proposiciones son verdaderas cuando son instrumentos o utensilios de una acción exitosa, hasta que haya establecido exactamente qué es, en mi teoría, una proposición” (Dewey, 1952, pág. 294). En otro momento revela claramente la raigambre utilitarista de su postura epistemológica al sostener que “las proposiciones no son aquello sobre lo cual indagamos”, y que, en la medida en que encontramos necesario o conveniente indagar sobre ellas -como es casi fatal que ocurra en el curso de la investigación-, no investigamos acerca de su verdad o falsedad, sino en torno a su conveniencia y a la eficacia de su objeto respecto del problema que se está tratando”. (Dewey, 1952, pág. 297).

Cualquiera puede dejarse confundir de la definición de Dewey de lo que considera son las proposiciones del mismo modo que los seguidores de la escuela nueva se sintieron embriagados por las presuntas aspiraciones de su modelo pedagógico que propugnaba la conformación de un alumno mejor preparado para las exigencias del voraz mercado capitalista, en el que se supone, lo cual no es siempre cierto, que este se rige siempre por la ley de la oferta y la demanda.

Para finalizar se debe indicar que el utilitarismo y el pragmatismo han encontrado condiciones favorables, especialmente en los dos últimos siglos, para proliferar a partir del despliegue del empirismo en la filosofía moderna, debido a los factores epistemológicos que los propiciaron, ciertos avances en la ciencia y en la tecnología, y factores ideológicos emanados de la constitución de la modernidad de la sociedad capitalista, en la que el culto al éxito y la utilidad se han convertido en primera condición de las exigencias del mercado y de la vida moderna.

Conclusiones

Es frecuente que investigadores/profesores asuman posturas epistemológicas sin conocer las posibilidades y limitaciones que estas encierran y se matriculen inconscientemente a algunas de las corrientes más comunes del empirismo, el racionalismo, el positivismo, el utilitarismo y el pragmatismo que pueden limitar su quehacer investigativo. Por eso es necesario que conozcan algunas de las características principales de las mismas con el objetivo de que si se asumen o no, este acto se haga conscientemente.

Es recomendable que los investigadores/profesores posean al menos un conocimiento básico del contenido conceptual de la epistemología, sus corrientes principales, especialmente desde la modernidad y en particular en la contemporaneidad. De manera que identifiquen las implicaciones metodológicas y epistémicas y las incorporen adecuadamente en sus respectivos proyectos de investigación.

El llamado “investigador práctico”, que no le otorga la debida atención al marco teórico de sus proyectos y en especial a los fundamentos epistemológicos y conceptuales de los mismos, puede caer fácilmente en las redes del empirismo y distanciarse en verdad de lo que debe ser propiamente la investigación científica.

Si bien en los primeros estadios del desarrollo de la ciencia moderna se justificaba el valor de los métodos empíricos para la investigación científica, cuando esta centraba su atención en los procesos descriptivos, explicativos y predictivos, este hecho pudo justificarse hasta la época de la Revolución Industrial, cuando el ritmo de desarrollo de la tecnología era más

acelerado que el de la ciencia, pero a partir del siglo XIX se invirtieron los roles y se modificó la significación y el valor de los métodos empíricos.

Con el auge de las matemáticas, en especial la geometría no euclidiana, la lógica, la física cuántica, la bioquímica, la biología, en el terreno de las ciencias naturales, pero en particular con la gestación y desarrollo de las ciencias sociales como la economía, la sociología, la antropología, la historia, la psicología, etc., aparecieron nuevas exigencias para la investigación científica desde perspectivas axiológicas, hermenéuticas, holistas, dialécticas, cualitativas, etc., que en la actualidad mantienen su plena validez.

Tan nefasto puede resultar para el investigador/profesor asumir las posturas del empirismo como del racionalismo, pues si el primero limita su capacidad creativa, el segundo puede conducirlo a la especulación metafísica, cuando sus conclusiones no toman en consideración debidamente sus fuentes de la realidad. Una vez más es aconsejable la recomendación de Francis Bacon de no imitar a las hormigas solamente recopilando hojas, ni a la araña extrayendo de su vientre la tela, sino tomar como referente válido a la abeja que, libando de flor en flor, recopilaba el néctar y el polen para convertirlo con su labor en cera y miel.

Independientemente de los méritos del positivismo al enfrentarse a los métodos especulativos y metafísicos de la escolástica y el espiritualismo, su desenfrenado culto a los hechos, a la constatación empírica, a los métodos cuantitativos, etc., limitaron y aún pueden limitar la plena labor científica de los investigadores/profesores, si estos no son capaces de superar esta perspectiva fenomenalista y agnóstica y logran una comprensión más holística, dialéctica, compleja, sistémica e integral de su objeto de estudio como parte de la realidad.

El investigador/profesor tiene que tener siempre muy presente si su actividad debe limitarse a obtener resultados útiles a mediado o corto plazo, o si además de estos debe tener presente los métodos científicos que le permitieron arribar a ellos de manera que le sean útiles a él mismo, en futuras investigaciones o a otras generaciones, para alcanzar conocimientos superiores. El utilitarismo y el pragmatismo se pueden convertir en un peligroso bumerán que a la larga

atente contra el desarrollo de la investigación científica y por tanto al progreso se la humanidad.

Bibliografía

Abbagnano, N. (1966). *Diccionario de filosofía*. La Habana: Editora Revolucionaria.

Baena, M. (2002). *Epistemología teoría de la historia de lo teórico*. Bogotá: Universidad Libre.

Bentham, J. (1821). *Principios de la ciencia social o de las ciencias morales y políticas*. Salamanca: Imprenta Nuevas.

Bueno, G. (1992). *Teoría del cierre categorial. Introducción general siete enfoques en el estudio de la ciencia*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.

Carnap, R. (1965). La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje. En A. Ayer, *El positivismo lógico*. México: FCE.

Comte, A. (1844). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Obtenido de <http://biblio3.url.edu.gt/Libros/comte/discurso.pdf>

Dewey, J. (1952). *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires: Paidós.

Einstein, A. (1922). *Geometry and Experience*. Obtenido de http://www-groups.dcs.st-and.ac.uk/history/Extras/Einstein_geometry.html

Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel.

Frapoli, J. M., & Nicolas, J. A. (1997). *Teorías de la verdad*. Madrid: Tecnos.

Guadarrama González, P. (2004). *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Guadarrama González, P. (2009). Crítica de los reduccionismos epistemológicos en las Ciencias Sociales. *Revista de filosofía*.

Guadarrama González, P. (2009). *Dirección y asesoría de la investigación científica*. Bogotá: Magisterio.

Guadarrama González, P. (2011). La condición humana en el pensamiento latinoamericano del siglo

XX. *Congreso Internacional de Filosofía Contemporánea*. Bogotá: Universidad de San Buenaventura.

Guadarrama González, P. (2012). La funcional interrelación epistemológica e ideológica entre filosofía, ética y política. En J. A. Ángel Álvarez, *Aportes para una filosofía del sujeto, el derecho y el poder*. Bogotá: Universidad Libre.

Hume, D. (1927). *An enquiry concerning human understanding*. Chicago: Te Open Court Publishing.

Koyré, A. (2000). *Estudios de historia del pensamiento científico*. México: Siglo XXI Editores.

Marx, K. (2010). *Tesis sobre Feuerbach*. Obtenido de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>

Nicolo, A. (1966). *Diccionario de filosofía*. La Habana: Editora Revolucionaria.

Nuñez, J. (1999). *La ciencia y la tecnología como procesos sociales*. Lo que la educación científica no debe olvidar. La Habana: Editorial Félix Varela.

Peirce, C. S. (1988). *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*. Barcelona: Crítica.

Popper, K. (1997). *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Barcelona: Paidós.

Rudolf, C. (1965). La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje. En A. Ayer, *El positivismo lógico*. México: FCE.

Sánchez Vásquez, A. (1970). *Filosofía de la praxis*. México: Grijalbo.

Stuart Mill, J. (2007). *El utilitarismo*. Londres: Alianza Editorial.

Tella, T. d. (2001). *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Velarde, J. (1993). *Conocimiento y verdad*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

William, J. (s.f.). *Concepción de la verdad según el pragmatismo*. Obtenido de Sexta conferencia: http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/pragmatismo/6.html